

Cuando alguien quiere saber si es envidioso, uno de los métodos más fáciles es mirar la foto de dos personas que uno conozca mostrando bienestar. No hace falta que sean forzosamente amigos del alma, ni personas de la familia, muy queridas. Si esas dos personas en la foto se muestran felices, uno debería sentir, con naturalidad, ese punto afortunado en el que uno se da cuenta de que la felicidad es contagiosa.

Si no se siente ese contagioso instante de bienestar y armonía ante dos personas que provocan simpatía y a las que deseas lo mejor, es que uno está aquejado de esa enfermedad del alma que es terriblemente invalidante: la envidia. Cuando ella te domina, ha triunfado la mediocridad de quien vive encogido. León Felipe escribía en su poema “Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo” y nos invitaba a algo esencial: no acostumbrarse a las cosas y celebrarlas.

Lamentablemente, vivimos en una sociedad muy encallecida, en la que quedan cada vez menos vínculos. Cuando ya no quedan vínculos entre las personas, quedan solo los protocolos, y los protocolos

La felicidad es contagiosa

Jordi Nadal



son fríos: son un instrumento que regula con orden y articula las reglas de juego que deben mandar en una estructura. Sabemos que orden, protocolos y estructura son necesarios, sin duda alguna. Pero solo con protocolos no vale la pena vivir, porque falta algo de un orden necesario y, muchas veces, superior: los vínculos. Porque ellos significan compromiso.

Los buenos protocolos, los bien pensa-

dos, son obligaciones que ayudan a convivir y que en muchos casos infunden paz y orden, porque resuelven problemas y aportan soluciones e incluso serenidad. Pero a veces, en la vida, no están claras las soluciones; entonces estás ante un dilema. Los dilemas son interesantes y enriquecedores porque nos entregan a las grandes preguntas. En los protocolos necesitas aplicar normas y todo aquello que regula la convivencia. En los vínculos manda la persona: la decisión, la ética, la voluntad, el compromiso, la lealtad.

Muchas veces consultas con abogados cosas que antes deberías consultarte contigo mismo. A veces, pleitear es una decisión que tiene que ver con la ética, no con los protocolos. Naturalmente, como todo en la vida, puede haber protocolos y/o vínculos erróneos.

Hacerse persona y madurar bien es distinguir entre protocolos y vínculos, y distinguir entre lo que está bien hecho y lo que está mal hecho. Esto es un proceso: hacerse, educar la mirada y aprender a distinguir. Hacerse una versión mejor de uno mismo es madurar. Benditos sean los vínculos, que nos definen.●